

La isla del Portichol (Jávea)

por

José Segarra Llamas



escasa distancia de la costa, diez hectáreas de superficie, menos de setenta metros de altitud, al centro del abrazo formado por los cabos San Martín y Negro, se alza la isla del Portichol. Mirada desde algunos puntos, aparenta una descomunal concha de tortuga flotando en el mar. Enfrente, un pequeño puerto natural es empleado, aun hoy día, por los modestos pescadores que pueblan esta costa.

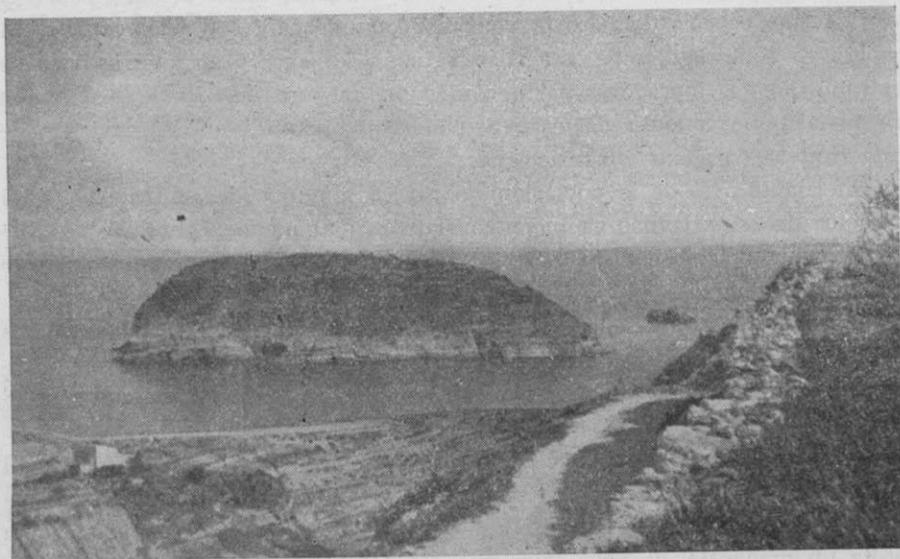
Amablemente guiado por los dueños y en su mismo bote, tuve la satisfacción de visitarla algunas veces, y creyendo podrían ser de utilidad a la Arqueología los datos adquiridos en interesantes conversaciones con ellos sostenidas, y mis propias observaciones sobre el terreno examinado, me decidieron a presentar esta mi breve comunicación.

Incluyendo los días de mayor bonanza, resulta innaccesible por todas partes esta isla escarpada, excepto dos reducidos embarcaderos. Doy este nombre a unas plataformas de apariencia artificial excavadas a ciento veinte centímetros sobre el agua.

Subiendo la empinada vertiente, llama la atención del aficionado arqueólogo la cantidad enorme de desmenuzados fragmentos de cerámica antigua, que, esparcida, se halla por todas partes; entre ellos recogí bastantes pedazos de *sigillata*. Bastó remover el terreno con la azadilla para que apareciesen a mi vista bastantes restos, aunque pequeños, de cobres y vidrios delicados. A veces, notamos en seguida, se trata de vertederos de la época, sobre todo en las pendientes recayendo al mar, algo peligrosas, pero que bien explotados darían no pocos elementos de juicio al historiador, enriqueciendo de paso las vitrinas de algún museo.

En la espaciosa cumbre hay abundantes y anchos márgenes de piedra sin argamasa, puestos quizá sobre primitivos cimientos, rodeando los bancales, ahora incultos, que mis acompañantes abrieron, hace ya años. La isla era un vergel: árboles frutales y viñas no sospechados la cubrían, rindiendo pingües cosechas. La gran proporción de materia orgánica que fertiliza estas tierras es otra prueba más de haber estado antiguamente habitada. Reco-

rriendo los márgenes, hallaremos entre las piedras incontables restos de material romano, de construcción, compuesto a base de cal y ladrillo rojizo triturado. Son numerosas las tejas planas, con reborde, que encuentro. En la roturación del terreno fueron sacadas buen número de ánforas rotas y algunas enteras; labrando la tierra se dió con el hallazgo de una cadena de oro y también un aro de mármol, de 15 centímetros de diámetro, desprovisto de ornamentación o señales que pudieran indicarnos su procedencia.



Vista de la isla del Portichol

Pero lo notable no es esto precisamente, sino un pavimento de mármol blanco, extenso si juzgamos por el nombre de «paseo de los moros» con que lo bautizaron sus descubridores, y a nosotros nos da la impresión de que perteneció, sin duda, a suntuosa morada. Al extremo del mismo solar mármóreo apareció bello capitel finamente labrado en piedra arenisca muy compacta, que es la propia del lugar. Este capitel tenía por el otro lado una piedra con su correspondiente vaciado en forma de jarrito, y tan bien cerrado con una losa incrustada, que nada dejaba adivinar. Dentro apareció elegante vaso de vidrio azul, lleno de raro polvillo metálico y pesado. El capitel lo conservan en la isla en perfecto estado, y el vidrio, que, según todas las apariencias, es un bello lacrimatorio, también lo guarda en la actualidad el culto abogado javiense don Fernando Abi; el contenido fué tirado al mar en el momento del hallazgo.

Dos sepulturas fueron desenterradas muy cerca de allí, intactas; estaban cubiertas con losas y, al violarlas, encontraron los esqueletos enteros. A la cabecera tenían lucernas y diversos objetos brillantes, que tengo por seguro eran de vidrio con irisaciones características, que, por lo frágiles, se desharían al sacarlos.

Luego descendí a una larga e interesante caverna, que bien pudo ser excavada por el hombre con fin utilitario. Forma galería en ángulo; entra por oriente y busca la luz, abriéndose en ventanal, hacia el sur; sobre el vértice, una especie de pozo la pone en comunicación con la superficie. El capitel ya nombrado es de esta misma clase de piedra, y no tendría nada de extraño que los moradores del poblado, que asegura don Remigio Salomón en su póstumo artículo «El cabo San Martín», existió aquí, se sirviesen de esta cantera para sus construcciones.

En cuanto a lo de la población no parece ninguna idea descabellada: el carácter de estas ruinas es incontrovertible, y al menos habremos de convenir en un posible edificio, residencia de alto personaje o templo dedicado a alguna divinidad.

Desconocemos qué relaciones pudo haber entre esta población y los habitantes de la costa, en la que se ven dos estaciones prehistóricas estratégicamente colocadas, y de las cuales me ocupo en trabajo próximo a publicarse.

Otro detalle: al abandonar la isla visité cierta oquedad abierta por el mar en el acantilado. Escasamente puede ocultar el bote y tenemos que agacharnos para no dar en las paredes. Desde el fondo de esta pequeña gruta brota un manantial de agua pura que era conducida a la misma entrada y a altura conveniente para ser recogida desde las embarcaciones, por canalización labrada en la roca, ahora inservible por los malos tratos y estar casi cegada por el sedimento de carbonato cálcico depositado, y cuyo espesor es prueba evidente de su antigüedad.

Esto en relación con los vestigios que guarda la isla y las seguridades que como refugio pudiera ofrecer la cala, ¿sería indicio de haber llegado aquí remotas naves para abastecerse?

Toda esta serie de pequeños motivos reclaman con insistencia la atención del arqueólogo, y creo que merece la pena atender a sus voces.

(Comunicación leída en el I Congreso de Arqueología del Levante Español.)